



Ángeles del desierto*

“La historia de los viajeros”

Los visitantes venían de lejos: de la capital, o de más allá del mar, de lugares míticos de los que quizás se había oído hablar. Llegaron sudorosos en una gran camioneta verde, con sus ropas compradas en almacenes modernos, con cámara fotográfica y cuadernos de apuntes, y preguntas que no acababan nunca.

Llegaron a las tierras áridas y encontraron paisajes calcinados por el viento, árboles iluminados, buche y cardón, y una bebida llena de espíritu, que convoca las sombras transparentes del deseo, que no calma la sed pero magnífica y reproduce eventos excepcionales.

Llegaron y conocieron a los habitantes: ángeles recios, con arrugas profundas y preciosos corazones para la sabiduría y la hospitalidad. Y comprobaron que la realidad es más mágica que cualquier literatura, cuando se penetra suavemente en el tiempo del desierto.

Los visitantes somos nosotros, que partimos hace dos años, hace ocho años, hace veinte años, hacia un proyecto desconocido que terminó redirigiéndose a sí mismo y dándonos a luz. Nosotros somos los visitantes agradecidos, los que cruzamos crepúsculos y soledades acompañadas, los que traemos la memoria marcada por destellos y la cadencia musical de las palabras y las historias.

“Los sueños de Doña Ruperta”

Ruperta Rodríguez (Guadalupe, Quíbor)

Hay un momento en que la extensión de cujíes se convierte en sombras negras que agitan sus ramas horizontalmente en el viento. Sobre las montañas allá a lo lejos, el borde del cielo aún está iluminado de naranja y oro, y el lucero del atardecer brilla encima del cují más grande. Es el momento en que, a veces, se ven fuegos fatuos bailando en la lejanía, y dicen en el

*/ Extractos de *Doña María und ihre Traüme* (Frederking & Thaler, Alemania, 2006)



pueblo que son las ánimas en pena de los difuntos, que vuelven a visitar este mundo: los llaman los forasteros.

Frente al cují más alto, frente al desierto que se apaga, está el ranchito minúsculo de Doña Ruperta, escondido tras un cují que desparrama hacia los lados sus ramas extendidas sobre once horquetas. Una sola habitación sin ventanas, con un corredor por delante que mira hacia el barranco, hacia el desierto; y pegada a un lado, su cocina de puro jacho. En el corredor, bajo el techo de cinc, hay un largo tronco contra la pared, asentado sobre dos horquetas, bueno para descansar y para perderse la mirada en la lejanía. Sobre esa misma pared, al lado de la puerta, se lee, escrito sobre la costra reseca y agrietada del barro: El Reventón.

Entre la casa y el desierto hay una corta explanada de tierra dura, un patio pelado bordeado de tunas y cactus. Este cardoncito de allí, a la izquierda, lo sembró ella, y ya está más alto que yo. Alrededor del cardón hay una alfombra de un cacto rastrero, con un montón de capullos en forma de globitos cónicos, de color blanco cremoso, la punta erguida. Cuando se abren, son estrellas de cinco puntas alargadas, cuyo centro rojizo atrae a las moscas polinizadoras con su olor a carne podrida.

Justo delante de la puerta está sentada ella, como cada día, en su sillita torcida, con las manos en el regazo, los dedos entrelazados, oyendo el viento que sopla, incesante, insistente, a veces con más fuerza, de pronto amainando un poco, volviendo luego con más violencia. Sobre esta loma vive solita: aquí levanta su saquito de huesos del catre minúsculo y en la cocina se prepara su arepa y su café. Sola. No tiene animales, sólo tuvo una gata que se murió de vieja. Sola busca y corta los palos para el fogón y lava sus trapitos. Cada día viene alguna nieta, pasa entre los dos árboles de vera majestuosos, cargados de más de doscientos años, todos cubiertos de tiña; sube la lomita, pasa el yabo y el cují con sus once horquetas, viene y le deja una cantimplora de agua, y a veces se queda a hacerle compañía. Del resto doña Ruperta está sola, y se queda todo el día aquí, sin salir más que para ir al médico alguna vez.

Antes, cuando el día estaba clarito, estuvo caminando por allí mismo, buscando leña; y cuando le corrió prisa para atender una necesidad del cuerpo se escondió bien escondida, no fuera a ser que le vieran sus vergüenzas, porque ella porfía que la miran. Será que se levanta del campo de cebollas alguna sombra y se sacude la tierra y los trozos de cerámica antigua y olicores, sorprendida de que del cementerio indígena no queden más que migajas de los collares de piedras verdes, confundidas con la tierra reseca y dura.

El viento sopla, incesante, lo limpia todo, lo pela todo, no deja ni un hilito de trapo. De pronto un trozo de rama, con hojas sorprendentemente verdes, pasa rodando por el suelo. Un pajarito chiquitico llega y se para en una de las ramas más altas del cují. Las montañas se van fundiendo con la oscuridad.

Doña Ruperta recoge su mirada del desierto y se levanta trabajosamente de la silla en la que ha estado sentada toda la tarde, mirando en la distancia, mirando lejos, lejos. La silla se queda haciendo guardia delante de la casa, bien amarrada a uno de los troncos que sostienen el corredor, para no derrumbarse completamente de lado. Doña Ruperta se alisa el vestido con las manos nudosas, deformadas por la artritis y reseca. Sus alpargatas se arrastran hasta la puerta de la cocina: un paso, dos, tres, cuatro.

Se está varios minutos concentrada, desatando con las manos lentas el complicado orden de nuditos con que cierra la puerta cada vez. Por fin logra soltar los variados cabos de mecate, y abre hacia fuera, poco a poco, la puerta de tablas de cardón. Se va yendo hacia el fogón, se apoya en la empalizada que ya cede al peso de la ceniza y las brasas viejas de años y años. Sirve un pocillo de café, con mano temblorosa, y entierra bien la brasa bajo la ceniza, con mucho cuidado, para poder descubrirla por la mañana, porque prefiere no usar fósforos. Sale sorteando el montón de botellas de plástico vacías que se acumulan en una esquina, se apoya un momento en la piedra de machucar el aliño que se sostiene sobre una horqueta, suelta un suspiro mínimo, como un aleteo, y empuja la puerta. Ahí pasa otros diez minutos

volviendo a amarrar los varios trozos de cabuyas y cordoncitos deshilachados, para que quede la puerta bien cerrada. Poco a poco.

Un paso, dos, tres, cuatro, y entra a la casa. Adentro, enciende una vela que pone en el suelo. La llama tambaleante forma un halo de luz cálida que excava más profundamente las arrugas de su rostro: su cabeza parece estar tallada en madera. Su voz también tiene una cualidad vegetal, o quizás más bien terrosa. Las palabras ruedan lentas, pastosas, como rotas, como si vinieran de muy lejos. Hace pausas largas, de pronto desleída en sus recuerdos. Las frases se entremezclan con un orden peculiar, siguiendo los movimientos de marea de su memoria. Habla de sus dolores, de un pasado viejo de cien años, de sus pérdidas.

Ay Dios, hija. Cuando uno no tiene mamá ni taita y ni hijos a quien esperar, ¿cómo será ese pensamiento? Estoy pensando en distintas cosas. Y llorando, y rezando. Cuando no estoy llorando, estoy rezando. Uno tiene mucho, muchas cosas que pensar, después que se me murieron todos, en montón, que se me murieron cuatro solamente en una noche. Eso es una cosa grande.

Cada noche que no puede dormir, se queda no más esperando que se la lleven también, pidiéndole a Dios que se la lleve, ¿será que Dios no quiere llevársela? Recita de un tirón los nombres de sus hijos, como si desgranara las cuentas de un rosario. Todos se le han muerto.

No me casé, no me quise casar, porque después de vieja, Pablo quería casarse, pero yo ya no me quise casar. Tuve cuatro hijos, y un aborto. Se llaman: José Nicomedes, María Narcisa, María Rosán y María Guillermina Ramón, que era la que me quedaba ella; y yo vivía con ellos, pero esos se me murieron chiquitos.

Respira quedo. Se le va la mirada de los ojos chiquiticos, oscuros como semillas de papaya. Se pierde en su desierto personal, poblado de ausencias. El hilo de su tiempo es quebradizo, se fractura y se recompone desordenadamente. Alguna vez se ríe un poquito, y las arrugas se le amuñañan y los ojitos se le esconden en las cuencas profundas, como cuando cuenta que Heriberto, uno de sus tataranietos, (que estaba como... más chiquito que ahora), dormía en su cama y se caía dormido al suelo: no estaba acostumbrado a dormir en cama.

Yo me gustaba mucho tener mucho coroto, pero ahorita... ahorita no tengo, ni puedo trabajar, ni tengo taita ni mamá ni hijos ni ná. Puro nieto y bisnieto. Y tataranieto. Aquí de Guillermita nomás tengo... este... como que son diecinueve tataranietos. Y diez bisnietos. Eso es como medio mundo. Hasta Baltasar tengo quince tataranietos. Y por ahí tengo más muchos. En Acárigua tengo como... como... seis. En Quíbor tengo una parte. Dondequiera tengo familia. Esos que están allá ahorita vienen, por ahí me traen comida, leche, me traen galletas, y me dan plata también. La familia me dan, pero están muy lejos.

Un último rastro de luz llega de lejos, parece acariciar el suelo de tierra apisonada. Las paredes de barro están tan agrietadas como el rostro de Ruperta; a medida que las sombras se hacen más densas, carne y tierra parecen confundirse entre sí. Toma un sorbo de café colado y se queda otra vez callada, como esperando que las palabras la alcancen. A la luz de la llama se notan los cientos de remiendos de su vestido, remiendos que a su vez han sido remendados varias veces. Los botones son minúsculas perlas de plástico. La tela, estampada con pequeños corazones rosa, está tan gastada y transparente como su voz. Con la mano grande y nudosa se saca el pañuelo que le cubre la cabeza: su cabello fino y blanco está recogido sobre las orejas en dos apretados moñitos. A pesar de sus años que son casi cientos, parece una niña pequeña y frágil. Se toca la cabeza, desconcertada por las protuberancias que la edad le ha sembrado allí. *Mira cómo tengo la cabeza.... Yo no era así... La cabeza mía era sin un poporito por ninguna parte. Y no era fea yo.*

Inclina hacia adelante el cuerpo encogido, armado con los puros huesos; remueve sólo un poco, con cuidado, las extremidades delgadísimas, hinchadas en las coyunturas como nudos de árbol, la espalda encorvada intenta encontrar un acomodo en la postura. Lanza sobre la tierra un escupitajo de chimó, con una violencia que sobresalta a las sombras. Escupe hacia cualquier lado, sin importar dónde caiga, y recoge el aliento para proseguir sin una

pausa. Su voz finita transcurre como un río interminable, entre los dientes renegridos y gastados por la pasta de tabaco.

Yo antes trabajaba tejiendo cogollos y haciendo sombreros, sacando vena de las cañas, y después me jui p'abajo a coger algodón, caraota, a doblar maíz, a sembrar maíz.

Y el agua la cargaba de la quebrada en una tinaja, todos los días. Esa era una corriente de toda la vida. Después que vinieron los musiús que vinieron a hacer el agua, uno puede agarrar el agua sin ir a la corriente. ¿Tú no la conociste? Esa era una corriente de agua que uno no pasaba calor, porque cuando tenía calor se bañaba en aquel agua.

Cuando yo trabajaba, si era algodón, pagaban la arroba a veces a tres reales, a veces a dos bolívares, a veces a tres bolívares; y si era una aljaba de maíz, por dos bolívitass.

De antes ganaba un hombre era un bolívar, trabajando de sol a sol, y mantenía a la familia. Que era barato. Y ahorita, ¿qué va a hacer uno con un bolívar? ¿Ni qué va a hacer uno con diez bolívares? Eso es que era bueno antes. Ni puedes comprar sal, porque la sal vale doscientos. Ni puedes comprar queso. Uno antes se iba a la pulpería y te daban por una locha de queso, un pedazo así de grande! En cambio ahorita. Yo antes me compraba una locha de dulce para hacer café, y hacía café dos veces, tranquilamente. Y eso no vuelve a venir más. Y compraba un papelón por tres lochas. Era todo barato. Pero ahora... ahorita no se acostumbra uno. La plata de ahora no vale, ¡y se acaba la plata! ¡Puro papel! A yo me trajeron, un día, vuelto: cien bolívares, y yo les dije: yo no quiero esa vaina! Yo no comprende eso, qué voy a saber yo qué es eso. Ni sabe uno leer. Yo sabía leer en libros, pero ahorita no.

En la penumbra se adivinan las cañas amarradas entre sí con fibra de cocuy, porque en aquel entonces no tenían alambre; entre los palos horizontales, la masa de barro y paja se ha solidificado formando paredes desnudas, sin encalar siquiera. Sólo por fuera el bahareque está pintado con una capa de barro, ya descascarado. Arquitectura sabia de pueblo: la paja y el barro son buenos aislantes para el calor. Cuando se puede, se pintan las paredes con cal, y eso mantiene alejados a los bichos. Porque las cañas que dejan la noche afuera sirven también para albergar infinitos nidos de comején, tuqueques, cucarachas y escolopendras.

El calor se disipa y el frío nocturno busca una rendija para colarse. La lámina de cinc que nos separa del cielo temblequea zarandeada por el viento, el mismo viento que ahí afuera sigue arrancado, mordisco a mordisco, el barro de la pared que se le enfrenta, dejando al desnudo el esqueleto de caña y cardones. Ya no es tiempo de salir. Afueran se quedan el desierto y sus desconocidos merodeadores; tal vez alguno se acerque a la cocina en la que Ruperta prepara el café y las arepas cada mañana, queriendo inútilmente acurrucarse en los rescoldos tibios del fogón de leña.

Esta casa ha de tener más de cuarenta años. Y esta casa era de jacho, pero los jachos no servían para nada, porque eran casi puros jachos de guama y se pudrieron. Yo aquí he vivido solita toda la vida. Ahorita que me echa mucha vaina la gente, vienen y me llaman, y me hacen ruidos. Y no duermo de noche, tengo mucho tiempo que yo no duermo de noche. Ahorita estoy embromà. Me paré ahora con mucho miedo, que no me atrevo a salir pa'allí, y entonces me senté en la silla, y no me pude estar sentada, es que yo tengo quebrado todo. Estoy manca por dondequiera. El doctor dijo que si me volvía a caer, que era la última vez. Pero los pobres son muy duros.

Y escucho muy recio, Ave María, escucho un ventarrón, María Santísima, y escucho una muchacha con una gritería, todas las noches. Me tapo las orejas, pero siempre escucho. Y yo me digo, ahí va un forastero.

El tiempo está detenido en casa de doña Ruperta, presencias fantasmales parecen aguardar en las esquinas que se han quedado oscuras, tan fieles y resignadas como un perro flaco. Nada sucede, y sin embargo todo está tan lleno de sentido: el palo que le sirve de bastón para espantar a las bestias, igual de seco que sus brazos, apoyado sobre la pared; el trozo de queso de cabra sobre el plato de barro; el clavo con su bolsita de plástico colgada, haciendo las veces de despensa y de nevera; el catre pequeño, de niño, en el que Ruperta se echa

cada noche a no poder dormir; incluso las grietas en la tierra de las paredes parecen querer decirnos algo que no alcanzamos a comprender. La casa respira con la respiración pausada y profunda de un durmiente; quizás esté soñando por doña Ruperta, soñando los sueños que ella ha olvidado.

El viento del desierto se queda afuera, silbando escandalosamente entre los cardones. Pronto saldrán las aves nocturnas a cazar y oiremos su grito triste.

“Lo que saben las piedras”

Diego Crespo (Sicué)

El hombre camina con cuidado por la extensión interminable de cantos rodados que parecen grandes huevos irregulares. Sabe que este lecho pedregoso fue alguna vez lamido por el agua: las rocas llegaron a la redondez dando vueltas en la boca del río como si fueran caramelos. El hombre avanza por la quebrada seca trastabillando sobre los bultos redondeados, con alpargatas experimentadas y su sombrero para protegerlo del cielo. Con todo, el sol se le derrite encima y hace vibrar las piedras.

Diego recuerda: hace unos meses todavía quedaban pozas de agua fresca y ligeramente verdosa, un silencio poblado de pececillos. Su bastón toquetea, entre precavido y familiar, como el hocico de un perro; las alpargatas reconocen las curvas ásperas.

Sus ojos conocen las piedras y las acarician desde hace años. Cuando salía con el geólogo musiú, volvía con una maleta llena de piedras, cada día. ¡No iba a estar cansado! Pero ahora no lleva en las manos más que el bastón para alejar la reverberación del mediodía sobre el paisaje entero.

Su rostro no tiene expresión alguna cuando se agacha a recoger la primera: podría ser una máscara de arcilla endurecida, o un palo en el que un machetazo hubiese abierto un tajo para callar. Los dedos acarician la rugosidad convexa, aprecian las vetas minerales, sonríen brevemente a una semejanza o a un atisbo de dibujo. La mano sopesa la piedra, pacta con su dureza agradecida y la lleva al nido del bolsillo. Diego retoma su andar, encuentra otra y otra. Las hay grandes, de rojo encendido, con ornamentos amarillos como brocados; las hay pesadas y prehistóricas como huevos craquelados; las hay simplemente hermosas en su sencillez. Las redonditas son perfectas para la tira-tira: a los setenta años no le tiembla el pulso para acertarle a las culebras, y no puede evitar que se le encrespe una esquina de sonrisa, de puro orgullo, cuando recuerda cómo el disparo les llega limpiamente a la cabeza.

Con los bolsillos retumbantes de botín vuelve a cruzar la quebrada silenciosa, vuelve a la casa adonde ya no está María. Su figura derechísima atraviesa el corredor de suelo de cemento pulido y largas paredes vacías, del mismo color de arcilla de su piel. Arriba, unas telarañas muy finas ondean en la brisa, como velos rasgados. ¿Cuántos años tendrá ya esta casa? Las paredes más antiguas las hizo mezclando el barro con lana de ovejo, para darles más solidez. Eso debe haber sido en 1957, el mismo año que estuvo trabajando con el geólogo, registrando en busca de petróleo. Eso fue antes: María todavía estaba en casa y los hijos iban retoñando uno tras otro, hasta llegar a trece.

Diego se mete las manos en los bolsillos y va sacando sus hallazgos en orden. Unas piedras van a dar a la oscuridad de su pieza pequeña y desnuda, otras, sobre todo si están adornadas de un agujero, son ensartadas y colgadas de las ramas, o dejadas entre las estacas de las cercas, como esperando una mirada que las despierte. Por ejemplo ésa, que tanto le gusta y que tan pocos ven, colgada justo encima del umbral: una piedrita alargada, con un estrechamiento en medio, como un ocho acostado.

Nunca habla de las piedras que va dejando por aquí y por allá, acurrucadas en lugares inesperados, insertadas en la salvaje naturaleza domesticada como secretos para sí mismo o

para quien los descubra o para las mismas piedras. Quizás es algo que no puede explicarse. Él se fija y las encuentra, y el que no, no. Como un juego.

No todas son recogidas por él: sus hijos han heredado la afición sin una palabra, con un entendimiento secreto, un guiño que se hace de uno a otro sin decir nada. Segundo y Cruz y Andrés Ernesto, que le salió pintor... ¿De dónde le habrá salido éste pintor? Será como Macario Colombo, que también es familiar, el artesano que pinta paisajes en Carora. Pero Andrés Ernesto ya no pinta, sólo queda un cuadrito suyo colgado a la entrada de su habitación. Lástima. Tenía buena mano el muchacho.

Los hijos tienen su propia colección de piedras y curiosidades. Cruz dice que a veces se les queda mirando, buscándoles formas... Sobre las paredes puede verse alguna: la que tiene forma de corazón, colgada de un alambre; una que lleva una letra dibujada por vetas blancas, y otra que tiene una marca que parece un rostro con boina, en el reborde de una pared, bajo los jicos de las hamacas. Las demás están guardadas en un pote de vidrio o en una cajita o en una bolsa de plástico: una piedra muy pequeña con un dibujo de rombos concéntricos cuya textura se revela al dedo. Otra blanca, como un busto, en la que se han encontrado formas vagamente femeninas, que se resaltan a lápiz. Así al menos hay una mujer en casa.

¿Cuántos años son ya? Setenta y ocho años cumplidos tiene, va para setenta y nueve. Su mamá duró ciento diecisiete. Antes duraba la gente, porque toda la comida era natural, sin química. Leche, yuca, sin veneno y sin abono... *Ahora a toda la comida le echan veneno pá que crezca, pá que no le caiga plaga; y es venenoso. ¿Y el sol? El sol es más bravo ahora que antes, porque antes había más atmósfera.* Antes cuando él era muchacho por esta época llovía.

Mientras se lava para cambiarse, Diego le pasa la mano a los recuerdos, sin querer: para hacer jabón de tierra se usa graso de chivo o de res mezclado con lejía de ceniza de yabo; se quema pero en menguante, eso en creciente no sirve. Eso sí, con agua dulce. Se acuerda: lo aprendió de María. El hombre pasa los brazos por las mangas de la camisa blanca, se abotona con precisión, severo el rostro, serenos los ojos. Los ojos que eran capaces de una chispa de humor cuando hacía sus comentarios mordaces pero inofensivos, con una mueca que era una sonrisa en los labios finos como un tajo de machete: *Cuando uno se mete en camisa de once varas hay que saberla medir, que en veces falta trapo pá la camisa.* María se deshacía en sonrisas para agasajar a los invitados, como una paraulata, y los hijos callaban desde el patio, con respeto y plenitud de familia colmada.

En una esquina, desde el rectángulo que se abre hacia la cocina de paredes teñidas, la luz entra de lleno. Todo está muy limpio y muy solo, las paredes vestidas sólo con su color de barro, el cemento reluciente. Diego coge su sombrero de ala ancha y se apoya en su garrote bueno, el de palo de vera. Orgulloso el porte, impassible el rostro, como si una herida interior hubiera dejado templada la fachada, a salvo de peores desastres: pulcramente vestido de domingo, sale como cada tarde, para visitar a su mujer.

No mira hacia la cocina de paredes teñidas: Cruz no está y el fogón está apagado. Atrás se desperdigan las latas vacías: de sardinas sobre todo, alguna de atún, dos de chimó; siempre pueden servir para alguna cosa. Cruz es el onceavo, el que lo llama "vale Crespo". Tiene mirada de agua clara, ojos mansos y profundos que no se parecen a los del padre. Lo atiende y se encarga de preparar las comidas. Nunca se ha querido ir de aquí, porque uno tiene que ver por los viejos hasta el final. Lo sabe bien el hijo: *«Uno sin mujer es nada, está más atrañao: no surge, porque en vez de irse a trabajar tiene que quedarse atendiendo».*

Tampoco mira Diego hacia la amplitud del patio cercado, donde se han quedado tantas cosas por hacer. Entre dos arbolitos protegidos por su propio cuadrado de cerca, filas y filas de tejas se amontonan disciplinadamente, esperando por una reparación que nunca se hará, criando desde hace años líquenes y musgos. En el cobertizo de más allá se acumula una enorme variedad de repuestos, toda clase de palitos, piezas de maquinaria oxidada y objetos

varios sin fin preciso. La tierra apisonada, las tejas, la empalizada, los corotos oxidados: todo está uniformado en una armonía de marrones.

Al fondo está el taller techado con tablas y palos, donde todavía hace las escobillas de cocuiza y los barrilitos buenos para añejar el cocuy. ¿Cuándo fue que comenzó a trabajar la madera? Eso fue por 1954, en antes hacía mesas y sillas. *Los artesanos tenemos que vivir donde no hay ruido, porque se nos echa a perder la memoria.* Sobre la mesa de trabajo, hecha con una buena tabla de madera usada, hay un montoncito de piedras redondas: las que sirven para el tira-tira. En el techo, metidos entre las rendijas de los palos, están escondidos trozos de manguera con tapones por ambos lados, y allí se guardan algunos clavos largos, antiguos y oxidados. Diego no mira: ya sabe que todo está en su sitio.

Empuja la puerta de la empalizada y sale al exterior, sin fijarse apenas en el arbolito medio seco, no más un par de ramas: una sostiene un trozo de bejuco ondulado, y de la otra cuelga una cinta de trapo que ensarta por el agujero una piedra redonda.

Se dirige al caserío Caritá, pasando la iglesia donde una vez llegó un cura italiano joven-cito, que al final fue admitido por su congregación, ¿en qué año sería que pasó aquello? Y luego llegó el obispo avisando que el párroco se cambiaría y Diego recogió firmas por todo el pueblo para que se quedara.

Enfrente de la capilla está la plaza Serapio de Jesús Crespo, otro familiar, toda cercada y vacía como siempre, y allí un chivito huérfano que dejaron encerrado bala tristemente, demasiado agotado para moverse, demasiado triste para seguir llorando.

Las alpargatas han llevado a Diego de su casa a la casa de su hija, donde María lo espera, como cada tarde, con su batica de flores y sus trencitas grises, en vilo el corazón, palmoreando desde que por fin le ve la silueta erguida y pausada. Diego se acerca y le toma una mano suave y enjuta, y María besa la suya seca y nudosa, cerrados los ojos llorosos, feliz de verlo de nuevo: *¡Ay ay ay, ayayayay, aaay!*

Su María. Hay que ver lo alegre que era, y cómo se desvivía por atender a los visitantes, cuando estaba buena, y la vida que había en casa... Ahora le queda una sola voz para todo, asombro, queja, júbilo y desesperanza. *Aaaay, ayayay, aaay, aaaaay.* Desprovista de palabras, la profundidad de lo sentido se le sale por el anhelo de los ojos, por la risa blanda y por la desesperación con que se aferra a su mano. Hace ocho años que le pegó el ataque que se le dejó así, sin excusas, sin explicaciones: ocho años de esperar a Diego en su silla de ruedas, rodeada de hijos y nietos solícitos, para cada tarde recuperar la vida con su visita. *Aaaayayayayay, ayaay ayay.*

María impresionable como una niña, sin más remedio ya que la dulzura, contenta en presente, olvidada, en cuanto lo tiene cerca, la preocupación de los días en que Diego estuvo hospitalizado y no pudo ir a verla, y María se entristecía sin entender, silenciosa y marchita: *¡Ayayayayay, aaaay, ayayay!*

Diego se está a su lado sin una queja, sin una mención a estos ocho años desvalidos, derecho como un palo, serísimo, las facciones terrosas. Con la última dolencia algo se le ha roto dentro, se le ha amansado la chispa mordaz, se le ha resquebrajado la invulnerabilidad de piedra.

– *Nos vemos mañana, si Dios quiere*–, se despide la hija que cuida de María.

– *Si Dios quiere y estamos alentos*–, contesta Diego.